



Reminiscencias vitales en la obra de José Antonio Ramos Sucre. Una perspectiva biográfica

NÚÑEZ, Rosa y ROJAS, Armando

*Universidad Bolivariana de Venezuela
rovinna@hotmail.com*

Introducción

Los estudios literarios suelen concentrarse en los aspectos gramaticales o estilísticos de la obra, sin embargo, está plenamente reconocido el valor que puede aportar a favor de la interpretación literaria el estudio de la biografía del autor y de su contexto socio-cultural e histórico. Más allá de un intento de elucidación racional de la vida y obra de Ramos Sucre, surge la necesidad de comprender el aspecto esencialmente humano de la creación artística, en la cual se encuentran entrelazados todos los elementos vitales de los que se tenga conciencia.

De manera conjunta y alternativa se revisan tanto los hechos biográficos más destacados del autor como la expresión poética de su obra, cuya estructura ficcional revela grandes coincidencias con la vida misma de Ramos Sucre, siempre por supuesto a través de símbolos o arquetipos que desde el fondo unifican la palabra con su referente humano.

Grandes coincidencias

José Antonio Ramos Sucre es, sin lugar a dudas, uno de los poetas venezolanos más admirados de los últimos tiempos. Su poesía no parece tener, al menos en nuestro país, antecedentes o referentes con el cual ligarle formal o temáticamente. El crítico Fran-

cisco Pérez Perdomo, al calificar su obra, dice que va “más allá del ámbito exclusivamente nacional... creador de una poesía que trasciende al mundo continental” (Citado por Medina, 1989: LXIII). Mientras sus contemporáneos apostaban al metro, al gastado modernismo y a la poesía parnasiana, Ramos Sucre creaba un estilo poético original y lleno de una incomparable maestría en el manejo del lenguaje.

En sus poemas hay algo que se percibe de forma bien concreta: su vasta cultura. Al leer su obra, más que identificar una biografía personal, podemos encontrar una biografía intelectual, aunque la primera no esté ausente. Lo personal se vuelve un reflejo de lo intelectual. Intensas lecturas sobre distintos personajes provenientes del Medioevo se ven aparecer en cada poema, y al decir de Cristian Álvarez, el interés por recrear la tradición de ese pasado busca “propiciar el nacimiento de una nueva imagen” que rescate la “pura idealidad” (Álvarez, 1992: 44) propia de esta época, reflejada en el desarrollo de los seres arquetípicos medievales: el caballero, el monje, el trovador, etc. En consecuencia, la obra de Ramos Sucre, además de recobrar el especial legado de idealidad medieval, vuelve presente las imágenes de la tradición literaria.

Nos dice el protagonista del poema *Elogio de la soledad*: “La Historia me ha dicho que en la Edad Media las almas nobles se extinguieron todas en los claustros, y que a los malvados quedó el dominio y población del mundo...” Estos malvados son los hacedores de la nueva realidad. La nostalgia de Ramos Sucre por el Medioevo y su virtud religiosa no solo podemos percibirla en sus poemas, sino que podemos hallarla en su propia vida, pues siempre vivió y estudió como un monje: muy solitario; y sin matrimonio.

En *La Torre de Timón*, su poema *Cansancio* nos dice: “Imposible el amor cuando el porvenir ha caído al suelo, y la enfermedad de vivir arrecia como una lluvia helada y triste...”.

Esta frase suena tan sentida en el alma que parece más una reflexión dicha para sí mismo, y para los que comparten de alguna manera su enfermedad de vivir, que sólo imágenes con intención estética. Esta afirmación resulta tan clara que nos lleva a pregun-

tarnos, junto con Víctor Bravo, “¿No es éste también, a su modo, el destino poético de José Antonio Ramos Sucre, donde cada poema es una confesión de la angustia, el aplazamiento y la imantación de la muerte?” (Bravo, 1994: 36).

Aquí el vivir se ha convertido en una pesada carga, la cual no deja que surjan sentimientos como el amor. La “enfermedad de vivir” es más fuerte que el amor, al contrario de los románticos que pensaban que el amor curaba todo y empujaba el alma hacia la vida. No es sólo un pesimismo extremo, como aparentemente se ve, sino la sinceridad de un espíritu libre, capaz de romper con las ataduras que forman sus sentidos en contacto con el mundo... la ilusión del placer sensual.

Hemos hablado de la soledad de los personajes de Ramos Sucre, pero ¿es realmente soledad? A lo largo de toda su obra vemos cómo persigue la soledad: es un estado voluntario. Prefieren la tranquilidad de su propia alma, se refugian en sus torres como aquel personaje griego: Timón. Desprecian al mundo no por lo que era, sino por lo que es; producto de la intervención humana.

Los protagonistas de cada poema se sienten como envueltos en una especie de maldición, pero ¿por qué? Es bueno recordar aquí que en ningún poema se dice claramente por qué cada personaje que narra carga sobre sus hombros el peso de grandes penas y desdichas. ¿Debemos pensar que esas tristezas son supuestas más allá de las historias contadas, llevándonos directamente a su autor? No hay nada que nos indique lo contrario.

En ninguno de ellos tampoco se nos aclara el por qué muchos de los personajes toman una u otra actitud frente a la vida o sus semejantes; sólo se nos muestra ese “yo” que aparece sin antecedentes en el poema y el que parece decirnos que su ubicación se encuentra más allá del universo ficticio: se encuentra en la realidad. Además, estos personajes dan la sensación de ser el mismo, pero en distintas situaciones; parecen ser un personaje único. Leemos por ejemplo, en el poema *El familiar* de La Torre de Timón: “Disfrutaba, después de mi juventud intemperante, el sosiego de una

ciudad extinta”. Y, en el poema *Discurso del contemplativo*, del mismo libro: “Amo la paz y la soledad”.

También pueden leerse frases similares en la mayoría de sus poemas, creando un efecto de unidad psíquica entre sus personajes, que es muy parecida, por la búsqueda afanosa de la soledad y la tranquilidad, a la de José Antonio Ramos Sucre.

Uniando forma y fondo

Las novedades formales de la poesía de Ramos Sucre no convencieron a sus contemporáneos que, más que descalificar su obra por razones estéticas, lo hicieron por desconocimiento de que tales formas poéticas eran posibles de hacerse sin que perdieran su esencia. Sólo con el paso del tiempo y el cambio de la visión de la estética literaria se ha podido dar a este escritor el valor que su obra se merece.

Una de las novedades más visibles y estudiadas es la casi eliminación de la partícula “que” en sus distintas funciones, y sobre todo el “que” relativo, dando esto como resultado una mayor carga expresiva al verbo y, en general, al poema. Este manejo lingüístico nos da una idea de la conciencia que tenía el poeta Ramos Sucre sobre el universo lingüístico poético y sus posibilidades de significación. Aunque este intento de eliminación del “que” se ve en sus libros posteriores a *Trizas de Papel* y *La Torre de Timón*, no es esta la única partícula que elimina, sino que también van desapareciendo el “cual, cuales, cuyo, cuya, cuyos, cuyas, cuanto, cuanta, cuantos, cuantas y hasta se percibe el esfuerzo para escamotear quien, quienes” (Medina, 1989: LXVII).

En cuanto a la temática planteada en sus poemas, las más reiterada y trabajada es la de la muerte. La muerte se presenta aquí como el único camino donde el hombre podrá liberarse de los sufrimientos que el vivir provoca. En *Las formas del fuego*, en el poema *El desesperado* nos dice lo siguiente: “He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Un aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba”.

Primeramente, vemos como la primera frase parece más una manifestación testimonial que una pura expresión estética, detalle que hemos apuntado anteriormente. Aquí lo imaginario se convierte en anhelo (debemos recordar que este anhelo puede encontrarse en gran parte de sus poemas); ansia por sumergirse en el único estado que puede brindar el más absoluto descanso: la muerte. Leemos, por ejemplo en el *Preludio* de La Torre de Timón, aquel deseo que expresa: “Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras”.

Es evidente que el personaje relator ve a la muerte como la salida de un estado inferior y detestable: el estado actual. Hemos dicho antes que su poesía rememora el espíritu de la Edad Media y es casualmente en esta época donde el ser humano se veía a sí mismo bajo e indigno ante los ojos de un Dios Todopoderoso. Se pensaba en el pecado original como la carga más pesada que el hombre podía llevar, y se veía en la muerte el encuentro con ese Dios.

Aunque esto se ha dicho muchas veces, y por gran cantidad de poetas, Ramos Sucre tiene la particularidad de tratar el tema de la muerte en cuanto necesidad esencial de vida. En ese macro mundo particularizado y parcializado por un obsesivo “yo”, éste se comporta de forma libre y sin atadura de ninguna clase. Los personajes principales se desenvuelven en un universo casi onírico, donde, como en los sueños, sus deseos afloran sin ningún tipo de miramientos.

La búsqueda de la muerte es un deseo que parece nacer en los iniciados en la verdad de la vida; es un paso lógico dentro del proceso de superación como entidad. Cuando se anhela la muerte es porque se ha superado el esquema de vida actual y se busca un estado superior, y la muerte es ese túnel que lleva hacia él. En el poema *Omega*, de El cielo de esmalte, puede leerse: “Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocare un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposara mi semblante”.

Ese “yo” que invoca la muerte reconoce en el conocimiento humano el horror de la vida (recordemos el Génesis); ya que la armonía no puede representar ningún tipo de idea afirmativa, negativa o de cualquier punto de vista en particular, ya que la armonía es un punto neutro que equilibra los elementos. La idea desarma la armonía y la vida es parte de esa armonía; por eso quiere sumirse “en el olvido solemne”, la muerte.

En su libro de reflexiones Los aires del presagio, Ramos Sucre nos dice que el mal es el bien menor. Las implicaciones de este pensamiento las representan muchos de los “yo” que protagonizan algunos poemas. La maldad para Ramos Sucre es solo una manifestación de las limitaciones de la condición humana. En La Torre de Timón, su poema *La vida del maldito* nos presenta un protagonista que dice: “Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo ésta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal...”.

Pero, ¿por qué abandonado? Debemos acaso pensar que el mal no se hace, sino que surge. Vemos como “crueldad” y “maldad” están separados; la primera es activa y transformadora, la segunda es pasiva y es parte de un estado de cosas. La crueldad actúa sin restricciones morales, como los sueños. En ese mismo poema nos dice: “Mi alma... vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas”.

Aquí lo humano y lo divino tienen un enemigo común: el conocimiento que surge de la investigación, aunque el daño se lo hace al elemento humano y divino del que atenta contra estos. En el poema *La venganza del Dios*, del libro La Torre de Timón, vemos cómo el castigo del Dios por la muerte de su hijo, en manos de los hombres, es el envío de más riquezas, dando a la tierra y a lo humano una condición infernal: “...dividen al pueblo en airados bandos de ricos y de pobres. Los nuevos dones infestan de odios vengativos y pueblan con huesos expiatorios”.

Aunque en muchos poemas menciona a “un” o “varios” dioses, con características propias del Dios judeo-cristiano, no parece referirse exactamente al Dios cristiano. ¿A cuál Dios se refiere entonces? La respuesta sería: tantos como fueran necesarios en el tránsito vital, benigno o cruel, que conduce a la virtud.

En el proceso de construcción de la fábula, Ramos Sucre sitúa en un mismo universo lo real y lo imaginario; “estas categorías permanecen incólumes, estables en su existencia.” (Pérez Perdomo, 1988: 11) Así, por ejemplo, en el poema *El remordimiento*, el hombre que pinta el cuadro se siente responsable de la muerte que él mismo representa y en consecuencia suspende su trabajo. En el poema *El capricornio*, el sueño de unos disparos con fusiles hace que sea posible una emboscada en la “realidad”. En *El familiar*, antiguas leyendas de muertos que resucitan se vuelven realidad, etc. En este universo también convergen personajes históricos con fábulas imaginarias como por ejemplo el poema *El Talismán*, donde el pintor Durero dibuja a un caballero real y sustituye en él un farol por un reloj de arena, subordinando sus actos, desde ese entonces, al tiempo.

En el contexto de lo humano, la brutalidad de la realidad hace irrisoria la mayoría de las nociones morales, especialmente la noción de responsabilidad. La culpa se traduce en los poemas de Ramos Sucre en la responsabilidad preexistente a las acciones, sin importar la intención, imprimiéndole a los personajes una sensación tangible de pesar, “de algo parecido, tal vez, a lo que debe ser el sentimiento del pecado original... Ya estamos juzgados” (Magny, 1970: 143). Con ello, el poeta se aleja de la literatura tranquilizadora y cómoda, abandonando al lector en un mundo superpuesto que, aun pareciendo fantástico o medieval, deja entrever una realidad posible y cercana a la nuestra, en cuanto al sentir humano.

Ya que nunca contrajo matrimonio, su visión de la mujer y su trato en la poesía nos interesa de manera particular. En este sentido, vemos que el papel de los personajes femeninos en la obra de Ramos Sucre actúa, primeramente, como mediadores entre un estado de cosas y otro distinto (generalmente mejor), la mujer repre-

senta el medio para la transición, la impulsadora del salto a lo desconocido.

Sin embargo, el autor se hace parte de una larga tradición literaria y mítica cuando asume la “exaltación de la belleza sensible por la revelación que ella proporciona, y rechazo de la posesión de esa belleza en la consumación carnal” (Magny, 1970: 49) Sólo puede permanecer pura la Belleza si se renuncia a poseerla, ya que así deja de ser precedera. Aquí volvemos a encontrar una gran coincidencia entre su concepción poética y su forma de vivir, en la que se mantuvo hasta su muerte sin pareja, por lo menos que se le conociera públicamente.

En ninguno de los poemas del cumanés ocurre la consumación del enamoramiento entre un hombre y una mujer, o por lo menos que el acercamiento tenga una conclusión “feliz”, ni siquiera dentro de los estrechos límites temporales que esta situación significa. El doble movimiento se da en el reconocimiento de la Belleza y la mediación femenina a favor del cambio o la trascendencia, pero asimismo, en la renuncia de un desenlace normal, dominada siempre por lo trágico.

En las palabras de Cristian Álvarez, “la mujer imagen del amor, la muerte, la belleza, en fin, de la misma poesía, y presenciamos asimismo, su permanente huida, su vuelta a la oscuridad” (Álvarez, 1992: 193). Veamos en el poema *Tácita, la Musa Décima de Las Formas del Fuego* ese doble movimiento del que hemos hablado: “La hermosa hablaba de la incertidumbre de su porvenir... Yo la he separado cruelmente de mi presencia. Podía interrumpir mi fuga clandestina, a través de la orgía del mundo, hacia el abrazo letárgico de la muerte... La autora de mi inquietud se acercaba afectuosamente al fétetro en donde yazgo antes de morir...”.

El mito de Eros y Thanatos convierte al amor en la metáfora de la búsqueda metafísica, profundizándose aun más con la angustia de la culpa, promovida por el cristianismo, cuando hay la consumación carnal. Permanece entonces en cada poema el misterio y la oscuridad, compañeros inseparables de la desdicha amorosa que, nuevamente anotamos, acompañó al poeta en su tránsito vital.

Conclusiones

La poesía venezolana se vio enriquecida y revitalizada con la presencia de José Antonio Ramos Sucre en nuestra historia literaria. Su obra inaugura una página inédita en nuestras letras, abriéndole campo a la oscuridad creadora del Mal, de la Soledad y de la Culpa, sin dejar de ser signo de la convicción y de las actitudes vitales del autor.

Es evidente que la escritura de un poema implica también una manera de definir la poesía. En el caso de Ramos Sucre, observamos cómo rompe con lo que se hacía tradicionalmente en el país. Pero esta nueva forma, que a simple vista parece que es totalmente libre de toda atadura está envuelta en una de las más perfectas técnicas de expresión lingüística. Su poesía es libre; libre para ser la primera y única en su estilo en nuestro país. Su poesía no sólo revolucionó la forma, sino que la temática presentada, por su nivel y profundidad, es solamente comparable al universo mitológico de Borges. Aunque toda esta grandeza no pudo ser reconocida sino mucho tiempo después de su muerte.

Desde los ensayos hasta la memorable poesía ramosucreana, cada palabra palpita según el ritmo de la vida misma del poeta (soledad, muerte, conocimiento, anhelo), y este es un aspecto quizá poco ponderado dentro de su obra. La magistralidad reside, precisamente, en haber inculcado tan hondamente sus convicciones propias en las afirmaciones y acciones de los personajes, especialmente de sus padecimientos, es decir, en todo el lenguaje poético, que su conjunción, aun rodeado de un ambiente mítico, medieval y fantástico, emanan una cercanía y familiaridad con la “vida real” que asombra. Es el “yo” desgarrado del poeta, cuya voz impasible sube hasta nuestros sentidos con sutileza y nitidez, lo cual, para algunos estudiosos como M. Blanchot, constituye el fundamento de la literatura.

Su obra, de mucha intelectualidad, deja ver formas y reflexiones acerca de la vida y su significado, pero no sin antes detenerse en algo que es definitivo en la estructura del hombre y su sociedad: el Bien y el Mal. Hemos observado cómo en muchos de sus

poemas (*La vida del maldito*, *El rapto*, etc.) el mal surge como una vía transitable y permisible, y ya hemos dicho que Ramos Sucre considera al mal “el bien menor”. Creemos que Ramos Sucre considera que el mal es sólo la acentuación de la división; el bien es todo lo que tiende hacia la unidad con otras vidas y otros seres.

Muchos de los personajes ramosucreanos sienten odio, ira o deseos de venganza; éstos son sentimientos esencialmente malignos, y lo son porque son intensificaciones de la realidad dada de la separación, porque rechazan y niegan otras vidas y otros seres. En *Preludio*, el protagonista no desea “estar entre vacías tinieblas” porque le han hecho algún daño; la vida, tal como es, y su irremediable relación con sus elementos es lo que lo perturba. Ésta es la maldad.

Si esto es así, ¿por qué es el bien menor? Porque el mal, la separación, resulta necesaria. Es necesaria porque la separación nos define como seres diferentes; partes únicas, universos cerrados dentro de otros universos. Y, naturalmente, si la existencia ha de ser, la existencia tal como la conocemos, es preciso que esté organizada en universos cerrados. Mentes como las nuestras no son capaces de percibir la unidad no diferenciada excepto como nada; es decir, no podemos diferenciar ni diferenciarnos dentro de una unidad múltiple.

La separación responde a una lucha casi instintiva de autopreservación; la separación es un mal, pero es condición de vida, condición previa para tener conciencia de las cosas, para saber lo que es bueno y lo que es bello. Si no estuvieran separados, si no fueran malos, los hombres no tendrían conciencia de su existencia. Esta es una de las paradojas de la vida que encontramos en la obra de Ramos Sucre.

La poesía de José Antonio Ramos Sucre no acata las voces parnasianas que le gritan que el arte debe hacerse por el arte; su concepción poética es mucho más clara, sabe que el arte es una necesidad del hombre.

Apéndice

- 1890 Nace en Cumaná, José Antonio Ramos Sucre. Son sus padres Jerónimo Ramos Martínez y Rita Sucre Mora de Ramos. Su madre es sobrina del Mariscal Antonio José de Sucre.
- 1895 Empieza sus estudios primarios en la escuela de Don Jacinto Alarcón, en Cumaná.
- 1900 Se traslada a Carúpano, donde el padre Ramos Martínez, tío suyo, se encarga de su educación. Allí cursa estudios en el Colegio Santa Rosa.
- 1902 Muere su padre.
- 1903 Muere el padre Ramos Martínez, quien ejerció gran influencia en el sobrino. Ramos Sucre regresa a Cumaná.
- 1904 Se inscribe en el Colegio Nacional de Cumaná.
- 1905 Comienza a estudiar idiomas (francés, inglés, italiano y alemán).
- 1908 En reconocimiento a su capacidad estudiantil llega a ser ayudante del Rector del Colegio Nacional de Cumaná.
- 1910 Se gradúa de Bachiller en Filosofía.
- 1911 Se traslada a Caracas para continuar estudios. Da clases en el Colegio Sucre. Aparece su primer texto en la revista *Ritmo de Ideas*, de Cumaná.
- 1912 Publica textos en diarios y revistas de Caracas. Estudia Derecho y Literatura en la Universidad Central.
- 1913 La dictadura del General Juan Vicente Gómez cierra la Universidad. Ramos Sucre estudia por su cuenta Derecho, griego, danés. Da clases de latín y griego en el Liceo Caracas, dirigido en ese entonces por el novelista Rómulo Gallegos. Publica en el diario *El Tiempo*. Gana por concurso las cátedras de Historia y Geografía Universal y de Venezuela en la Escuela Nacional de Maestros.
- 1914 Es nombrado Oficial de la Dirección de Derecho Público Exterior de la Cancillería, donde trabaja como traductor e intérprete. Sigue publicando en periódicos y revistas.
- 1916 Presenta, con notable éxito, exámenes de Derecho. Publica traducciones del alemán.
- 1917 Termina, con excelentes calificaciones, sus estudios de Derecho. Se inicia en los estudios del sueco y holandés.

- 1918 Ejerce como Juez Accidental de Primera Instancia en lo Civil. Publica en *El Universal* su trabajo jurídico El contrato de venta. Observación.
- 1921 Publica su primer libro Trizas de papel, donde recoge casi todo lo publicado en periódicos y revistas. Se acentúan sus insomnios.
- 1923 Publica Sobre las huellas de Humboldt.
- 1925 Publica La Torre de Timón, donde incluye Trizas de papel, Sobre las huellas de Humboldt y agrega 52 textos nuevos. Recibe el título de Doctor en Ciencias Políticas.
- 1927 Recibe la Orden del Libertador.
- 1928 Colabora en el único número aparecido de la revista *Válvula*.
- 1929 Se intensifican sus insomnios. Publica sus dos últimos libros: Las formas del fuego y El cielo de esmalte. En noviembre de ese año es nombrado Cónsul en Ginebra. El primero de diciembre viaja a Europa.
- 1930 Se interna en el Instituto Tropical de Hamburgo; después, en el Sanatorio Stephanie, en Merano, Italia. Pasa a Ginebra. El 9 de junio cumple 40 años y el 13 del mismo mes deja de existir.

Referencias

- ÁLVAREZ, Cristian (1992). *Ramos Sucre y la Edad Media*. Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela.
- BRAVO, Víctor (1994). *Ensayos desde la pasión*. Fundarte. Caracas, Venezuela.
- MAGNY, Claude Edmonde (1970). *Ensayo sobre los límites de la literatura*. Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela.
- MEDINA, José Ramón (Prólogo) (1989). *José Antonio Ramos Sucre: obra completa*. Biblioteca Ayacucho, N° 73. España.
- PÉREZ PERDOMO, Francisco (Prólogo) (1988). *Ramos Sucre. Antología Poética*. Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela.
- PICON SALAS, Mariano (1961). *Estudios de Literatura Venezolana*. Ediciones Edime. España.
- RAMOS SUCRE, José Antonio (1988). *La Torre de Timón* (1925). *El cielo de esmalte* (1929). *Las formas del fuego* (1929). Monte Ávila Editores. Caracas, Venezuela.

